

Una reflexión geoética desde las Tierras del Ebro

Francesc Bellaubí Favá

[Publicado en el Blog de *Cristianisme i Justícia* el 15 de octubre de 2025]

Las realidades territoriales que vivimos, agravadas por los retos sociales y ambientales, nos impulsan a buscar soluciones que deben estar guiadas por un pensamiento holístico, integrador y plural, científico y humanista. En este marco, todos tenemos cabida a la hora de sentirnos comprometidos a actuar, porque hay una voluntad compartida y colectiva de aprender y de convertirse en agentes de cambio llenos de esperanza.

El pensamiento geoético ve el territorio más allá de una construcción político-social. Así, entiende que el territorio no puede ser completamente resiliente si no se repiensa nuestra relación con la geosfera, la capa sólida del planeta, sustrato de la biosfera, para dar un valor a nuestra Tierra: una Tierra que se constituye como espacio simbólico de representación de identidades que crean comunidad. Nos relacionamos con esta geosfera a partir del otro, un espíritu encarnado que nos interpela. **Somos la Tierra, no por descendencia sino por pertenencia**, con la deuda moral de transmitir a nuestros hijos la memoria de nuestros antepasados que forman parte de ella, en un acto de reconocimiento, de esperanza en la memoria, de perdón y de una justicia que restaura el espacio en aquellos que lo habitan (Mt 5,5).

Debemos ser capaces de discernir los caminos que se nos abren y apoyarnos en la prudencia en nuestras decisiones, pues vivimos en un mundo complejo. En esta complejidad, que entrelaza múltiples relaciones, la única manera de buscar puntos de anclaje con nuestros coetáneos es creando comunidad, una comunidad que está íntimamente ligada a la Tierra.

El actual contrato económico y social altamente extractivista y consumista debe ser reemplazado por un contrato socio-ecológico, un acuerdo que se base en un diálogo de valores, de puntos de vista compartidos que sumen, y que tenga en consideración la solidaridad del perdón como principio, según el cual no se trata de multiplicar y dividir beneficios sino de compartir la carga pesada con compasión. La anadialéctica se convierte en una tarea que nos permite desarrollar futuros posibles y creíbles como un proceso de aprendizaje en nuestra relación con el prójimo y con la geosfera.

Solo hablando de valores podemos crear valor, un valor para las personas y para «nuestra Tierra». **El valor de nuestras respuestas a los desafíos políticos, económicos, sociales y ambientales debe ser alimentado por el diálogo.** Las soluciones que encontraremos al caminar no serán estáticas, sino que se adaptarán a medida que aprendamos y que ejerzamos como hombres y mujeres nuestros derechos y obligaciones. Esto incluye la creación conjunta de instituciones más robustas y transparentes, y un sector corporativo comprometido con los valores sociales y ambientales. Las soluciones serán conjuntas y

articularán iniciativas ciudadanas en proyectos sociales innovadores, que reinviertan en el territorio, y que serán liderados por actores locales que ejercerán de agentes transformadores guiando a los que vienen detrás. El liderazgo como servicio a la comunidad.

El fuego que ha afectado este verano a las Tierras del Ebro y las últimas lluvias me han hecho pensar una vez más en cuál es nuestra relación con estas tierras que me han visto crecer, y que quizás algún día me verán morir. Estas tierras que llevo tan dentro de mí. Por extensión, esta reflexión podría hacerse en cualquier lugar de Cataluña, de España, en todo el continente y en el mundo entero. En todos aquellos lugares donde la historia ha decidido pasar de largo sin demasiados miramientos hacia quienes están en la periferia.

«Oh, terra cremada, terra mullada
Oh, tu terra mai abandonada,
Oh, tu terra d'oliveres i taronges, d'horta afable,
Oh, tu terra de Verges, de mar i muntanya»

Allí abajo, hacia el sur de Cataluña, están las Tierras del Ebro, tierras un poco dejadas de lado, y a veces medio abandonadas. Pero como todas, son tierras de historia, de mujeres y hombres trabajadores, de artistas y científicos que deseamos mirar al futuro con esperanza desde nuestras tradiciones.

El mundo de hoy no es el de nuestros abuelos, pero cada uno de nosotros es portador de los valores que ellos nos enseñaron, unos valores de respeto a la tierra. Unos valores que nos han dado y nos dan de comer y que son la columna vertebral de nuestra identidad cultural, una identidad que no nos separa de los demás sino que nos une. ¡Una tierra de todos y no de unos pocos!

Nuestros abuelos también nos enseñaron los valores del trabajo, de cómo el campesinado se esfuerza por sacar los frutos de la tierra sin maltratarla, y de cómo la pequeña industria se abre camino en mujeres y hombres emprendedores. Pero, sobre todo, nos enseñaron a estar agradecidos con esta tierra que se nos ha regalado, a cuidarla y, ciertamente, a venerarla porque ella pertenece al Señor (salmo 24,1).

Se nos hace evidente que tenemos el deber moral ante nuestros hijos —pero también hacia nuestros abuelos— de salir adelante, de construir un futuro, y se lo debemos tanto a unos como a otros. Debemos ser capaces de construir este futuro para no decepcionarlos, pero, sobre todo, para no decepcionarnos a nosotros mismos.

Las cosas cambian si de verdad las queremos cambiar, porque se nos ha dado la libertad de poder tomar decisiones y para eso no hay excusas. Entonces, hay que preguntarse sin temor: ¿qué Tierras del Ebro, qué Cataluña, qué España y qué Europa soñamos? ¿Qué mundo queremos?

El futuro se nos presenta incierto, pero nos toca a nosotros construirlo con una sola voz cierta, a través del diálogo que acepta que cada uno tiene una parte de verdad, pero no toda; y que el otro también tiene una parte de razón. ¿Somos capaces de comprender esto? ¿Somos capaces de comprometernos a buscar la verdad en lo que dice el otro? ¿Podemos construir un diálogo de valores para un futuro común? ¿Podemos encontrar de una vez por todas unos valores que respeten una tierra que da vida y que, al mismo tiempo, recoja los valores de la gente que vive en ella y de ella?

Una geoética con raíces cristianas propone:

- Abrir un camino de diálogo, un diálogo que se va haciendo, que nos plantea más preguntas que respuestas; un diálogo que es la vida misma: ir buscando, caminar.
- Volver a crear comunidad, volver a ser solidarios y mirar a los ojos de los demás no por lo que tienen o no, sino por lo que son.
- Escuchar nuestro corazón porque allí están los ríos y las montañas, el mar que nos ha visto crecer; allí está la voz de nuestros abuelos y su voz de sabiduría.
- Que cada uno de nosotros se convierta en un líder al servicio de los demás, un ejemplo, un testimonio de amor por los otros, con una actitud firme, que de verdad nos haga sentir orgullosos y que podamos enseñar a nuestros hijos.

Está en nuestras manos proteger nuestra tierra, como ella nos ha protegido. Se lo debemos a ella y se lo debemos a los abuelos, a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos.

Con este espíritu de transformación por una relación más justa entre nuestra tierra y sus habitantes, **es necesario animar a las instituciones a iniciar un diálogo de valores y principios que busque puntos de encuentro entre quienes habitan la tierra, desde el cual desarrollar una estrategia prospectiva territorial.** Una estrategia que pueda dar paso a múltiples acuerdos de desarrollo territorial donde las iniciativas ciudadanas vayan de la mano de las inversiones solidarias que devuelvan el beneficio a las gentes que habitan ese espacio. Esto permitiría buscar la armonía entre el ser humano y su hábitat, respetaría los valores intrínsecos de la naturaleza y, al mismo tiempo, le reconocería su valor útil para el bienestar humano.